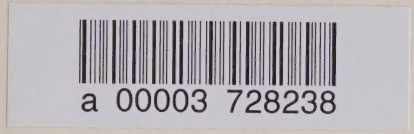
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

IN MEMORY OF
NORVA PROCTOR McKNIGHT
1880 - 1944
PRESENTED TO THE LIBRARY
BY THE FAMILY

~~862.8~~
~~C732~~
~~v.6~~


a 00003 728238

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
Form No. 513			

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elalcaldedezalam00cald_2

EL ALCALDE DE ZALAMEA

POR

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Precio: DOS pesetas.

ADMINISTRACIÓN
VALVERDE, 36, BAJO
MADRID

EL ALCALDE DE ZALAMEA

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAJES

El Rey Felipe II.
Don Lope de Figueroa.
Pedro Crespo, *labrador viejo*.
Juan, *su hijo*.
Don Mendo, *hidalgo*.
Nuño, *su criado*.
Un sargento.
Rebolledo, *soldado*.
Isabel, *hija de Pedro Crespo*.
Inés, *prima de Isabel*.
La Chispa.
Un escribano.
Soldados.
Labradores.

La escena pasa en Zalamea y sus contornos.

JORNADA PRIMERA

Campo próximo a Zalamea.

ESCENA PRIMERA

Salen Rebolledo, Chispa y soldados.

Reb. ¡Cuerpo de Cristo con quien
de esta suerte hace marchar
de un lugar a otro lugar,
sin dar un refresco!
Todos. Amén.
Reb. ¿Somos gitanos aquí
para andar de esta manera?
Una arrollada bandera,
¿nos ha de llevar tras sí
con una caja?...
Sol 1.° ¿Ya empiezas?
Reb. ¿Que este rato que callo
nos hizo merced de no
rompernos estas cabezas?
Sol. No muestres de eso pesar;
que ha de olvidarse, imagino,
el cansancio del camino
a la entrada del lugar.
Reb. ¿A qué entrada, si voy muerto?
Y aunque llegue vivo allá,
sabe mi Dios si será
para alojar; pues es cierto
llegar luego al comisario
los alcaldes a decir
que si es que se pueden ir
que darán lo necesario.
Responderles lo primero
que es imposible, que viene
la gente muerta; y si tiene
el Concejo algún dinero,
decir: «Señores soldados,
orden hay que no paremos;
luego al instante marchemos»,
y nosotros, muy menguados,
a obedecer al instante
orden, que es en caso tal,
para el orden, monacal,
y para mí mendicante.
Pues, vive Dios, que si llego
esta tarde a Zalamea,
y pasar de allí desea
por diligencia, o por ruego,
que ha de ser sin mí la ida;
pues no con desembarazo
será el primer tornillazo
que habré yo dado en mi vida.

778356

Sol. 1.° Tampoco será el primero
que haya la vida costado
a un miserable soldado;
y más hoy, si considero
que es el cabo de esta gente
don Lope de Figueroa,
que si tiene fama y loa
de animoso y de valiente,
la tiene también de ser
el hombre más desalmado,
jugador y renegado
del mundo, que sabe hacer
justicia del más amigo,
sin fulminar el proceso.
Reb. ¿Ven ucedes todo eso?
Pues yo haré lo que yo digo.
Sol. 2.° ¿De eso un soldado blasona?
Reb. Por mí muy poco me inquieta;
pero por esa probeta
que viene tras la persona.
Chis. Seor Rebolledo: por mí
voacé no se aflija, no;
que, como ya sabe, yo
barbada el alma nací,
y ese temor me deshonra,
pues no vengo yo a servir
menos que para sufrir
trabajos con mucha honra;
que para estarme en rigor
reglada, no dejara
en mi vida, cosa es clara,
la casa del regidor,
donde todo sobra, pues
al mes mil regalos vienen:
que hay regidores que tienen
menos cuentas con el mes.
Y pues a venir aquí
a marchar y padecer
con Rebolledo, sin ser
postema, me resolví;
por mí, ¿en qué duda o repara?
Reb. ¡Viven los cielos, que eres
corona de las mujeres!
Sol. 2.° Aquesa es verdad bien clara.
¡Viva la Chispa!
Reb. ¡Reviva!
Y más, si por divertir
esta fatiga de ir
cuesta abajo y cuesta arriba,
cod su voz al aire inquieta,
una jácara o canción.
Chis. Responda a esa petición
citada la castañeta
Reb. Y yo ayudaré también;
sentencien los camaradas
todas las partes citadas.
Sol. 2.° ¡Vive Dios, que ha dicho bien!
(*Cantan* Rebolledo y Chispa.)
Chis. «Yo soy, titiri, titiri, tina,
flor de la jacarandina;
vaya a la guerra el alférez
y embárquese el capitán.»
Reb. «Mate moros quien quisiere,
que a mí no me han hecho mal.»
Chis. «Vaya y venga la tabla al horno,
y a mí no me falte pan.»
Reb. Huéspeda: máteme una gallina,
que el carnero me hace mal.»
Sol. 1.° Aguarda, que ya me pesa;
que íbamos entretenidos
en nuestros mismos oídos,
de haber llegado á ver esa
torre, pues es necesario
que donde paremos sea.
Reb. ¿Es aquella Zalamea?
Chis. Dígalo su campanario.
No sienta tanto voacé
que cese el cántico ya;
mil ocasiones habrá
en que lograrle, porque
esto me divierte tanto,
que como de otras no ignoran
que a cada cosita lloran,
yo a cada cosita canto,
y oirá ucé jácaras ciento.
Reb. Hagamos alto aquí, pues
justo, hasta que venga, es
con la orden del sargento,
por si hemos de entrar marchando
y en tropas.
Sol 2.° El solo es quien
llega ahora; mas también
el capitán esperando está.

ESCENA II

El Capitán, el Sargento y dichos

Cap. Señores soldados:
albricias puedo pedir;
de aquí no hemos de salir
y hemos de estar alojados
hasta que Don Lope venga
con la gente que quedó
en Llerena; que hoy llegó
orden de que se prevenga
toda, y no se salga de aquí
a Guadalupe, hasta que
justo todo el tercio esté,
y él vendrá luego; y así,
del cansancio bien podrán
descansar algunos días.
Reb. Albricias pedir podías.
Todos ¡Víctor nuestro capitán!
Cap. Ya está hecho el alojamiento;
el comisario irá dando
boletas, como llegando
fueren.
Chis. Hoy saber intento.
Porque dijo, voto a tal,

aquella jarandina:
«huéspeda, máteme una gallina.
que el carnero me hace mal.» (*Vanse*).

ESCENA III

Decoración de calle.

El Capitan y el Sargento

Cap. Señor Sargento, ¿ha guardado
las boletas para mí,
que me tocan?
Sarg. Señor, sí.
Cap. ¿Y dónde estoy alojado?
Sarg. En la casa de un villano,
que el hombre más rico es
del lugar; de quien después
he oído que es el más vano
hombre del mundo y que tiene
más pompa y más presunción
que un infante de León.
Cap. Bien a un villano conviene
rico aquesa vanidad
Sarg. Dicen questa es la mejor
casa del lugar, señor;
y si va a decir verdad,
yo la escogí para ti,
no tanto porque lo sea,
como porque en Zalamea
no hay tan bella mujer...
Cap. Di.
Sarg. Como una hija suya
Cap. Pues,
por muy hermosa y muy vana,
¿será más que una villana,
con malas manos y pies?
Sarg. ¿Que haya en el mundo quien diga
eso?
Cap. ¿Pues no, mentecato?
Sarg. ¿Hay más bien gastado rato
a quien amor no le obliga,
sino ociosidad no más
que el de una villana, y ver
que no acierta a responder
a propósito jamás?
Cap. Cosa es que en toda mi vida
ni aun de paso me agradó;
porque en no mirando yo
aseada y bien prendida
una mujer, me parece
que no es mujer para mí.
Sarg. Pues para mí, señor, sí,
cualquiera que se me ofrece.
Vamos allá, que por Dios,
que me pienso entretener
con ella
Cap. ¿Quieres saber
cuál dice bien de los dos?
El que una belleza adora,
dije viendo a la que amó:
«aquella es mi dama», y no:
«aquella es mi labradora»;
luego si dama se llama
la que se ama, claro es ya
que en una villana está
vendido el nombre de dama.
Mas, ¿qué ruido es ese?
Sarg. Un hombre,
que de un flaco rocinante
a la vuelta de esa esquina
se apeó, y en rostro y talle
parece aquel don Quijote
de quien Miguel de Cervantes
escribió aventuras.
Cap. ¡Qué figura tan notable!
Sarg Vamos, señor; que ya es hora.
Cap. Lléveme el Sargento antes
a la posada la ropa
y vuelva luego a avisarme. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Don Mendo, hidalgo ridículo, y Nuño

Men. ¿Cómo va el rucio?
Nuño. Rodado,
pues no puede menearse.
Men. ¿Dijiste al lacayo, di,
que un rato le pasease?
Nuño. ¡Qué lindo pienso!
Men. No hay cosa
que tanto a un bruto descanse.
Nuño. Aténgome a la cebada.
Men. ¿Y que los galgos no aten,
dijiste?
Nuño. Ellos se holgarán;
mas no el carnicero.
Men. Baste;
y pues han dado las tres,
cálzome palillos y guantes.
Nuño. ¿Si te prenden el palillo
por palillo falso?
Men. Si alguien,
que no he comido un faisán,
dentro de sí imaginare,
que allá dentro de sí miente,
aquí y en cualquiera parte
le sustentaré.
Nuño. ¿Mejor
no sería sustentarme
a mí, que al otro, que en fin,
te sirvo?
Men. ¡Qué necedades!
En efecto, ¿que han entrado
soldados aquesta tarde
en el pueblo?
Nuño. Sí, señor.
Men Lástima da el villanaje
con los huéspedes que espera.
Nuño. Mas lástima da, y más grande
con lo que no espera.
Men. ¿Quién?

Nuño La hidalguez, y no te espante,
que si no alojan, señor,
en cas de hidalgos a nadie,
¿por qué piensas que es?
Men. ¿Por qué?
Nuño Porque no se mueran de hambre,
Men. En buen descanso está el alma
de mi buen señor y padre;
pues, en fin, me dejó una
ejecutoria tan grande,
pintada de oro y azul,
exención de mi linaje.
Nuño Tomáramos que dejara
un poco de oro aparte.
Men. Aunque si reparo en ello,
y si va a decir verdades,
no tengo que agradecerle
de que hidalgo me engendrase,
porque yo no me dejara
engendrar, aunque él porfiase,
si no fuera de un hidalgo
en el vientre de su madre.
Nuño Fuera de saber difícil.
Men. No fuera sino muy fácil.
Nuño ¿Cómo, señor?
Men. Tú, en efecto,
filosofía no sabes,
y así ignóras los principios.
Nuño Sí, mi señor, y aun los antes
y postres, desde que como
contigo; y es, que al instante,
mesa divina es tu mesa,
sin medios, postres ni antes.
Men. Yo no digo esos principios,
has de saber que el que nace
substancia es del alimento
que antes comieron cus padres.
Nuño ¿Luego tus padres comieron?
Esa mañana no heredaste.
Men. Esto después se convierte
en su propia carne y sangre;
luego si hubiera comido
el mío cebolla, al instante
me hubiera dado el olor
y hubiera dicho yo: «Tate,
que no me está bien hacerme
de excremento semejante».
Nuño Ahora digo que es verdad...
Men. ¿Qué?
Nuño Que adelgaza el hambre
los ingenios.
Men. Majadero;
¿téngola yo?
Nuño No te enfades,
que si no la tienes, puedes
tenerla, pues de la tarde
son ya las tres, y no hay greda
que mejor las manchas saque
que tu saliva y la mía.
Men. Pues esa, ¿es causa bastante
para tener hambre yo?
Tengan hambre los gañanes,
que no somos todos unos;
que a un hidalgo no le hace
falta el comer.
Nuño —¡Oh, quién fuera
hidalgo!
Men. Y más no me hables
de esto, pues ya de Isabel
vamos entrando en la calle.
Nuño ¿Por qué, si de Isabel eres
tan firme y rendido amante,
a su padre no la pides?
Pues con eso tú y su padre
remediaréis de una vez
entrambas necesidades;
tú comerás, y él hará
hidalgos sus nietos.
Men. No hables
más, calla, calla; ¿dineros
tanto habian de postrarme,
que a un hombre llano por suegro
había de admitir?
Nuño —Pues antes
pensé que ser hombre llano
para suegro era importante;
pues de otros dicen que son
tropezones, en que caen
los yernos; y si no has
de casarte, ¿por qué haces
tantos extremos de amor?
Men. ¿Pues no hay, sin que yo me case,
huelgas en Burgos, adonde
llevarla cuando me enfade?
Mira, si acaso la ves.
Nuño Temo, si acierta a mirarme
Pedro Crespo...
Men. ¿Qué ha de hacerte,
siendo mi criado, nadie?
Haz lo que manda tu amo.
Nuño Sí haré, aunque no he de sentarme
con él a la mesa.
Men. Es propio
de los que sirven, refranes.
Nuño Albricias, que con su prima
Inés a la reja sale.
Men Di que por el bello Oriente,
coronado de diamantes,
hoy, repitiéndose el sol,
amanece por la tarde.

ESCENA V

A la ventana Isabel e Inés. Dichos

Inés. Asómate a esa ventana,
prima, así el cielo te guarde;
verás los soldados que entran
en el lugar.
Isa. No me mandes
que a la ventana me ponga,

estando este hombre en la calle,
Inés, pues ya cuanto el verle
en ella me ofende, sabes.
Inés. En notable tema ha dado
de servirte y festejarte.
Isa. No soy más dichosa yo.
Inés. A mi parecer mal haces
de hacer sentimiento de esto.
Isa. ¿Pues qué había de hacer?
Inés. Donaire.
Isa. ¿Donaire a los disgustos?
Men. (*Acercándose.*)
Hasta aqueste mismo instante
jurara yo, a fe de hidalgo,
que es juramento inviolable,
que no había amanecido;
mas, ¿qué mucho que lo extrañe
hasta que a vuestras auroras
segundo día les sale?
Isa. Ya os he dicho muchas veces,
señor Mendo, cuanto en balde
gastáis finezas de amor,
locos extremos de amante
haciendo todos los días
en mi casa y en mi calle.
Men. Si las mujeres hermosas
supieran cuánto las hace
más hermoso el enojo,
el rigor, desdén y ultraje,
en su vida gastarían
más afeite que enojarse;
hermosa estáis, por mi vida;
decid, decid más pesares.
Isa. Cuando no baste el decirlos,
don Mendo, al hacerlos baste
de aquesta manera: Inés,
éntrate acá dentro, y dale
con la ventana en los ojos. (*Vase.*)
Inés. Señor caballero andante,
que de aventurero entráis
siempre en lindes semejantes,
porque de mantenedor
no era para vos tan fácil,
amor os provea. (*Vase.*)
Men. Inés,
las hermosuras se salen
con cuanto ellas quieren.—¿Nuño?
Nuño. ¡Oh, qué desairados nacen
todos los pobres!

ESCENA VI

Dichos: Pedro Crespo, luego Juan Crespo.

Cres. ¡Que nunca
entre y salga yo en mi calle,
que no vea este hidalgote
rondar por ella muy grave!
Nuño. Pedro Crespo viene aquí. (*Aparte.*)
Men. Vamos por estotra parte,
que es villano malicioso.

(Sale Juan, hijo de Crespo.)

Juan. ¡Que siempre que venga, halle
esta fantasma a mi puerta,
calzado de frente y guante!
Nuño. Pero acá viene su hijo. (*Aparte.*)
Men. No te turbes ni embaraces.
Cres. Mas Juanito viene aquí. (*Aparte.*)
Juan. Pero aquí viene mi padre. (*Aparte.*)
Men. Disimula.—Pedro Crespo,
Dios os guarde.
(*Vanse* Mendo y Nuño.)

ESCENA VII

Pedro y Juan Crespo.

Cres. Dios os guarde:
él ha dado en porfiar,
y alguna vez he de darle
de manera que le duela.
Juan. Algún día he de enojarme
¿De dónde bueno, señor?
Cres. De las eras; que esta tarde
salí a mirar la labranza,
y están las parvas notables
de manojos y montones,
que parecen, al mirarse,
desde lejos, montes de oro,
y aun oro de más quilates;
pues de los granos de aqueste,
es todo cielo el contraste.
Allí el bieldo, hiriendo a soplos
el viento en ellos suave,
deja en esta parte el grano,
y la paja en la otra parte,
que aún allí lo más humilde
da el lugar a lo más grave
¡Oh, quiera Dios que en las trojes
yo llegue a encerrarlo antes
que algún turbión me lo lleve,
o algún viento me lo tale!
Tú, ¿qué has hecho?
Juan. No sé cómo
decirlo, sin enojarte;
a la pelota he jugado
dos partidos esta tarde
y entrambos los he perdido.
Cres. Haces bien si los pagaste.
Juan. No los pagué, que no tuve
dineros para ello; antes
vengo a pedirte, señor...
Cres. Pues escucha antes de hablarme.
Dos cosas no has de hacer nunca:
no ofrecer lo que no sabes
que has de cumplir ni jugar
más de lo que está delante,
porque si por accidente
falta, tu opinión no falte.
Juan. El consejo es como tuyo,

y porque debo estimarle,
he de pagarle con otro.
Cres. En tu vida no has de darle
consejo al que ha menester
dinero
Juan. Bien te vengaste (*Vanse.*)

ESCENA VIII

SARGENTO y PEDRO.

(*Zaguán de la casa de* PEDRO CRESPO.)

Sarg. ¿Vive Pedro Crespo aquí?
Cres. ¿Hay algo que usted le mande?
Sarg. Traer a su casa la ropa
de don Alvaro de Ataide,
que es el capitán de aquesta
compañía que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.
Cres. No digáis más; eso baste,
que para servir al rey,
y al rey en sus capitanes,
está mi casa y mi hacienda;
y en tanto que se le hace
el aposento, dejad
la ropa en aquella parte,
e id a decirle que venga
cuando su merced mandare,
a que se sirva de todo.
Sarg. El vendrá luego al instante. (*Vase.*)

ESCENA IX

PEDRO y JUAN.

Juan. ¿Qué quieres, siendo tan rico,
vivir a estos hospedajes
sujeto?
Cres. Pues, ¿cómo puedo
excusarlos, ni excusarme?
Juan. Comprando una ejecutoria.
Cres. Dime por tu vida; ¿hay alguien
que no sepa que yo soy,
si bien de limpio linaje,
hombre llano? No por cierto,
pues ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al rey,
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? Esgrislate.
Pues, ¿qué dirán? que soy noble
por cinco o seis mil reales,
y esto es dinero y no es honra,
que honra no la compra nadie.
¿Quieres, aunque sea trivial,
un ejemplillo escucharme?
Es calvo un hombre mil años,
y al cabo de ellos se hace
una cabellera; éste,
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No.
Pues, ¿qué dicen al mirarle?
—«Bien puesta la cabellera
trae fulano» Pues ¿qué hace,
si aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?
Juan. Enmendar su vejación,
remediarse por su parte,
y redimir las molestias
del sol, del hielo y del aire.
Cres. Yo no quiero honor postizo,
que en defecto ha de dejarme
en casa; villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos.
Llama a tu hermana.
Juan. Ella sale.

ESCENA X

ISABEL, INÉS y DICHOS

Cres. Hija, el rey nuestro señor,
que el cielo mil años guarde,
va a Lisboa, porque en ella
solicita coronarse,
como legítimo dueño,
a cuyo efecto, marciales
tropas caminan con tantos
aparatos militares,
hasta bajar a Castilla
el tercio viejo de Flandes,
con un don Lope, que dicen
todos que es español Marte.
Hoy han de venir a casa
soldados, y es importante
que no te vean; así, hija,
al punto has de retirarte
en esos desvanes, donde
yo vivía.
Isa. A suplicarte
me dieses esa licencia
venía yo. Sé que el estarme
aquí, es estar solamente
a escuchar mil necedades.
Mi prima y yo en este cuarto
estaremos sin que nadie,
ni aun el mismo sol, hoy sepa
de nosotras.
Cres. Dios os guarde.
Juanito, quédate aquí,
recibe a huéspedes tales,
mientras busco en el lugar
algo con que regalarles.
Isa. Vamos Inés
Inés. Vamos, prima;
mas tengo por disparate
el guardar a una mujer,
si ella no quiere guardarse. (*Vase.*)

ESCENA XI

El CAPITÁN, el SARGENTO y JUAN

Sarg. Esta es, señor, la casa.

Cap. Pues del cuerpo de guardia al punto (pasa.
toda mi ropa.
Sarg. Quiero
registrar la villana lo primero. (*Váse*)
Juan. Vos seáis bien venido
a aquesta casa, que ventura ha sido
grande venir a ella un caballero
tan noble como en vos le considero.
¡Qué galán! ¡Qué alentado! (*aparte.*)
envidia tengo al traje de soldado.
Cap. Vos seáis bien hallado.
Juan. Perdonárais no estar acomodado;
que mi padre quisiera,
que hoy un alcázar esta casa fuera;
él ha ido a buscaros
que comáis, que desea regalaros,
y yo voy a que esté vuestro aposento
aderezado.
Cap. Agradecer intento
la merced y el cuidado.
Juan. Estaré siempre a vuesttros pies postrado.

ESCENA XII

Salen el Capitán y el Sargento

Cap. ¿Qué hay, sargento? ¿Has ya visto
a la tal labradora?
Sarg. ¡Vive Cristo!
que con aqueste intento
no he dejado cocina ni aposento,
y no la he encontrado.
Cap. Sin duda el villachón la ha retirado.
Sarg. Pregunté a una criada
por ella, y respondióme que ocupada
su padre la tenía
en ese cuarto alto, y que no había
de bajar nunca acá: que es muy celoso.
Cap. ¿Qué villano no ha sido malicioso?
Si acaso aquí la viera,
de ella caso no hiciera;
y sólo porque el viejo la ha guardado,
deseo vive Dios, de entrar me ha dado
donde está.
Sarg Pues ¿qué haremos
para que allá, señor, con causa entremos
sin dar sospecha alguna?
Cap. Sólo por tema la he de ver, y una
industria he de buscar.
Sarg. Aunque no sea
de mucho ingenio para quien la vea
hoy, no importará nada,
que con eso será más celebrada.
Cap. Oyela, pues, ahora.
Sarg Dí, ¿qué ha sido?
Cap Tú has de fingir; mas no pues ha venido
ese soldado, que es mas despejado,
él fingirá mejor lo que he trazado.

ESCENA XIII

Rebolledo, Chispa y Dichos

Reb. Con este intento vengo
a hablar al capitán, por ver si tengo
dicha en algo.
Chis. Pues háblale de modo
que le obligues, que en fin, no ha de ser (todo
desatino y locura.
Reb. Préstame un poco tú de tu cordura
Chis. Poco y mucho pudiera.
Reb. Mientras hablo con él, aquí me espera,
(*Se acerca al capitán.*)
Yo vengo a suplicarte..
Cap. En cuanto puedo
ayudaré, por Dios, a Rebolledo,
porque me ha aficionado
su despejo y su brío.
Sarg. Es gran soldado.
Cap. Pues ¿qué hay que se ofrezca?
Reb Yo he perdido
cuanto dinero tengo y he tenido
y de he tener, porque de pobre juro
en presente, pretérito y futuro;
hágaseme merced de que por vía
de ayudilla de costa, aqueste día
el alférez me dé...
Cap. Díga, ¿qué intenta?
Reb. El juego del boliche por mi cuenta;
que soy hombre cargado
de obligaciones, y hombre al fin honrado.
Cap. Digo que eso es muy justo,
y el alférez sabrá que ese es mi gusto.
Chis. Bien le habla el capitán ¡oh! si me viera
llamar de todos ya la bolichera.
Reb. Darele ese recado.
Cap. Oye; primero
que le lleves, de ti firme quiero
para cierta invención que he imaginado
con que salir espero de un cuidado.
Reb Pues ¿qué es lo que guarda?
lo que tarda en saberse es lo que tarda
en hacerse.
Cap. Escúcheme: yo intento
subir a este aposento,
por ver si en él una persona habita,
que de mí hoy esconderse solicita.
Reb. ¿Pues por qué a él no subes?
Cap. No quisiera
sin que alguna color para esto hubiera,
por disculparlo más, y así fingiendo,
que yo riño contigo, has de irte huyendo
por ahí arriba; entonces yo enojado
la espada sacaré; tu muy turbado
has de entrar hasta donde
la persona que busco se me esconde.
Reb. Bien informado quedo.
Chis. (*Ap*) Pues habla el capitán con Rebolledo

hoy de aquesta manera
desde hoy me llamarán la bolichera.

Reb. (*Levantando la voz.*)
¡Vive Dios! que han tenido
esta ayuda de costa que he pedido,
un ladrón, un gallina y un cuitado,
y ahora que la pide un hombre honrado,
¿no se la dan?

Chis. Ya empieza su tronera.

Cap. Pues ¿cómo me habla a mí de esa manera?

Reb. ¿No tengo de enojarme
cuando tengo razón?

Cap. No, ni ha de hablarme;
y agradezca que sufra aquese exceso.

Reb. Ucé es mi capitán, solo por eso
callaré; mas, por Dios, que si tuviera
la bengala en mi mano...

Cap. ¿Qué me hiciera?

Chis. Tente, señor; su muerte considero.

Reb. Que me hablara mejor

Cap. ¿Qué es lo que espero,
que no doy muerte a un pícaro atrevido?

Reb. Huyo por el respeto que he tenido
a esa insignia.

Cap. Aunque huyas,
te he de matar.

Chis. Ya él hizo de las suyas.

Sar. Tente, señor

Chis. Escucha...

Sar. Aguarda, espera...

Chis. Ya no me llamarán la bolichera.

ESCENA XIV

CHISPA, SOLDADOS, PEDRO, CRESPO JUAN y LABRADORES

Juan. Acudid todos presto.

Cres. ¿Qué ha sucedido aquí?

Juan. ¿Qué ha sido esto?

Chis. Que la espada ha sacado
el Capitán aquí para un soldado,
y esta escalera arriba
tras sube él.

Cres. ¿Hay suerte más esquiva?

Chis. Subid todos tras él.

Juan. Acción fué vana.
esconder a mi prima y a mi hermana.
(*Vanse.*)

ESCENA XV

(*Habitación de* ISABEL)

ISABEL, INÉS, REBOLLEDO huyendo.

Reb. Señoras, pues siempre ha sido
sagrado el que templo, hoy
sea mi sagrado aqueste,
puesto que es templo de amor.

Isa. ¿Quién a huir de esta manera
os obliga?

Inés. ¿Qué ocasión
tenéis de entrar hasta aquí?

Isa. ¿Quién os sigue o busca?

ESCENA XVI

El CAPITÁN, el SARGENTO y DICHOS

Cap. Yo
que tengo de dar la muerte
al pícaro, vive Dios,
si pensase..

Isa. Deneos
siquiera porque, señor,
vino a valerse de mí,
que los hombres como vos
han de amparar las mujeres,
si no por lo que ellas son,
porque son mujeres, que esto
basta, siendo vos quien sois.

Cap. No pudiera otro sagrado
librarle de mi furor,
sino vuestra gran belleza,
por ella vida le doy;
pero mirad que no es bien,
en tan precisa ocasión,
hacer vos el homicidio
que no queréis que haga yo.

Isa. Caballero, si cortés
ponéis en obligación
nuestras vidas, no zozobre
tan presto la intercesión.
Que dejéis este soldado
os suplico, pero no
que cobréis de mí la deuda,
a que agradecida estoy.

Cap. No sólo vuestra hermosura
es de rara perfección;
pero vuestro entendimiento
lo es también, porque hoy en vos
allanza están jurando
hermosura y discreción.

ESCENA XVII

PEDRO CRESPO, JUAN y DICHOS

Cres. ¿Cómo es eso, caballero?
Cuando pensó mi temor
hallaros matando un hombre,
os hallo..

Isa. ¡Válgame Dios!

Cres. ¿Requebrando una mujer?
Muy noble sin duda sois,
porque tan presto se os pasan
los enojos.

Cap. Quien nació
con obligaciones, debe
acudir a ellas; y yo
al respeto de esta dama
suspendí todo el furor.

Cres. Isabel es hija mía,
y es labradora, señor,
que no dama.

Juan. ¡Vive el cielo
que todo ha sido invención
para haber entrado aquí! (*Aparte.*)
Corrido en el alma estoy
de que piensen que me engañan,
y yo ha de ser, vive Dios
Señor capitán, pudieras
ver con segura atención
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este agravio.

Cres. ¿Quién os mete en eso a vos,
rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?
¿Si el soldado le enojó,
no había de ir tras él? Mi hija
estima mucho el favor
de él haberle perdonado,
y el de su respeto yo.

Cap. Claro está que no habrá sido
otra causa; y ved mejor
lo que decís.

Juan. Ya lo he visto
muy bien.

Cres. ¿Pues cómo habláis vos
así?

Cap. Porque estáis delante
más castigo no le doy
a este rapaz.

Cres. Deteneos,
señor capitán, que yo
puedo tratar a mi hijo
como quisiere, y no vos.

Juan. Y yo sufrirlo a mi padre,
mas a otra persona no.

Cap. ¿Qué habíais de hacer?

Juan Perder
la vida por la opinión.

Cap. ¿Qué opinión tiene un villano?

Juan. Aquélla misma que vos,
que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador.

Cap. Vive Dios que ya es bajeza
sufrirlo.

Cres Ved que yo estoy
de por medio. (*Sacan las espadas.*)

Reb. Vive Cristo.
Chispa, que ha de haber hurgón.

Isa. ¡Aquí del cuerpo de guardia!

Reb. Don Lope, ojo avizor.

ESCENA XVIII

DON LOPE DE FIGUEROA y DICHOS.

Lope. ¿Qué es aquesto? ¿La primera
cosa que he de encontrar hoy,
acabado de llegar
ha de ser una cuestión?
¡A qué mal tiempo don Lope
de Figueroa llegó!

Cres. (*Ap.*) Por Dios que se las tenía
con todos el rapagón.

Lope. ¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?
¡Hablad, porque vive Dios,
que a hombres, mújeres y casa
eche por un corredor,
no me basta haber subido
hasta aquí con el dolor
de esta pierna, que los diablos
llevaran, amén, sino
no decirme aquesto ha sido?

Cres. Todo ello es nada, señor.

Lope. Hablad, decid la verdad.

Cap. Pues es que alojado estoy
en esta casa: un soldado...

Lope. Decid.

Cap. Ocasión me dió
a que sacase con él
la espada; hasta aquí se entró
huyendo, entréme tras él
donde estaban esas dos
labradoras, y su padre
o su hermano, o lo que son,
se han disgustado de que
entrase hasta aquí.

Lope. Pues yo
a tan buen tiempo he llegado
satisfaré a todos hoy
¿Quién fué el soldado, decid,
que a su capitán le dió
ocasión de que sacase
la espada?

Reb ¿Qué pago yo
por todos?

Isa. Aqueste fué
el que huyendo hasta aquí entre.

Lope. Dénle dos tratos de cuerda.

Reb. Tra... ¿qué han de darme, señor?

Lope. Tratos de cuerda.

Reb. Yo hombre
de aquesos tratos no soy.

Cres. De esta vez me lo estropean.

Cap. ¡Ah, Rebolledo! Por Dios (*Aparte.*)
que nada digas; yo haré
que te libren.

Reb. ¿Cómo no
lo he de decir? Pues si callo
los brazos me pondrán hoy
atrás como mal soldado.
El capitán me mandó
que fingiese la pendencia
para tener ocasión
de entrar aquí.

Cres. Ved ahora
si hemos tenido razón.

Lope. No tuvisteis para haber
así puesto en ocasión
de perderse este lugar
Echad un bando, tambor,
que al cuerpo de guardia vayan

los soldados cuantos son,
y que no salga ninguno,
pena de muerte, en todo hoy;
y para que no quedéis
con aqueste empeño vos,
y vos con este disgusto,
y satisfechos los dos,
buscad otro alojamiento,
que ya en esta casa estoy
desde hoy alojado, en tanto
que a Guadalupe me voy,
donde está el rey.

Cap. Tus preceptos
órdenes precisas son
para mí.

ESCENA XIX

LOPE, PEDRO CRESPO, ISABEL e INÉS

Cres. Entráos allá dentro.

(*Vanse* ISABEL *e* INÉS.)

Mil gracias señor, os doy
por la merced que me hicísteis
de excusarme la ocasión
de perderme.

D. Lo. ¿Cómo habláis,
decid, de perderos vos?

Cres. Dando muerte a quien pensara,
ni aun el agravio menor.

D. Lo. ¿Sabéis, vive Dios, qué es
capitán?

Cres. Sí, vive Dios,
y aunque fuera general
en tocando mi opinión,
le matara.

D. Lo. A quien tocara
ni aun el soldado menor,
sólo un pelo de la ropa,
viven los cielos, que yo
le ahorcara.

Cres. A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.

D. Lo. ¿Sabéis que estáis obligado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

Cres. Con mi hacienda;
pero con mi fama no.
Al rey, la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

D. Lo. Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón.

Cres. Sí, vive Cristo, porque
siempre la he tenido yo.

D. Lo. Yo vengo cansado, y esta
pierna que el diablo me dió
ha menester descansar.

Cres. ¿Pues quién os dice que no?
Ahí me dió el diablo una cama,
y servirá para vos

D. Lo. ¿Y dióla hecha el diablo?

Cres. Sí.

D. Lo. Pues a deshacerla voy,
que estoy, vive Dios, cansado.

Cres. Pues descansad, vive Dios.

D. Lo. Testarudo es el villano;
también jura como yo.

Cres. Caprichudo es el don Lope,
no haremos migas los dos.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

(Decoración de calle.)

MENDO y NUÑO

Men. ¿Quién te contó todo aqueso?

Nuño Todo esto contó Ginesa
su criada.

Men. El capitán
después de aquella pendencia
que en su casa tuvo, fuese
ya verdad, o ya cautela.
¿Ha dado en enamorar
a Isabel?

Nuño. Y es de manera
que tan poco humo en su casa
él hace, como en la nuestra
nosotros: en todo el día
se ve apartar de la puerta,
no hay hora que no la envíe
recado, con ellos entra
y sale un mal soldadillo,
confidente suyo.

Men. Cesa,
que es mucho veneno, mucho,
para que el alma no beba
de una vez.

Nuño. Y más no habiendo
en el estómago fuerzas
con que resistirle

Men. Hablemos
un rato. Nuño, de veras

Nuño. Pluguiera a Dios fueran burlas.

Men. ¿Y qué le responde ella?

Nuño. Lo que a ti, porque Isabel
es deidad hermosa y bella,
a cuyo cielo no empañan
los vapores de la tierra

Men. Buenas nuevas te dé Dios

Nuño. A ti te dé mal de muelas,
que me has quebrado dos dientes;
mas bien has hecho si intentas
reformarlos por familia.

que no sirve ni aprovecha
El capitán.
Men. Vive Dios,
si por el honor no fuera
de Isabel, que le matara.
Nuño. Mas mira por tu cabeza.

ESCENA II

El Capitán, el Sargento, Rebolledo y dichos.

Men. Escucharé retirado,
aquí a esta parte llega.
Cap. Este fuego, esta pasión,
no es amor sólo, que es tema,
es ira, es rabia, es furor.
Reb. ¡Oh, nunca, señor, hubieras
visto la hermosa villana,
que tantas ansias te cuesta!
Cap. ¿Qué te dijo la criada?
Reb. ¿Ya no sabes sus respuestas?
Men. Esto ha de ser, pues ya tiende
la noche sus sombras negras;
antes que se haya resuelto
a lo mejor mi prudencia,
ven a armarme.
Nuño. Pues ¿qué tienes
más armas, señor, que aquellas
que están en un azulejo
sobre el marco de la puerta?
Men. En mi guardanés presumo
que hay para tales empresas
algo que ponerme.
Nuño. Vamos,
sin que el capitán lo sienta. *(Vanse).*

ESCENA III

El Capitán, el Sargento y Rebolledo

Cap. Que en una villana haya
tan hidalga resistencia,
que no me haya respondido
una palabra siquiera
apacible.
Sar. Estas señor,
no de los hombres se prendan
como tú; si otro villano
la festejara y sirviera,
hiciera más caso de él,
fuera de que son tus quejas
sin tiempo: si has de ir
mañana, ¿para qué intentas
que una mujer en un día
te escuche y te favorezca?
Cap. En un día el sol alumbra,
y falta; en un día se trueca
un reino todo; en un día
es edificio una peña;
en un día una batalla
perdida, victoria ostenta;
en un día tiene el mar
tranquilidad y tormenta;
en un día nace un hombre
y muere: luego pudiera
en un día ver mi amor
sombra y luz como planeta,
pena y dicha como imperio,
gente y brutos como selva,
paz e inquietud como mar,
triunfo y ruina como guerra,
vida y muerte como dueño
de sentidos y potencias;
y habiendo tenido edad
en un día su violencia
de hacerme tan desdichado,
¿por qué, por qué no pudiera
tener edad en un día
de hacerme dichoso? ¿Es fuerza
que se engendren más despacio
las glorias que las ofensas?
Sarg. Verla una vez solamente
¿a tanto extremo te esfuerza?
Cap. ¿Qué más causa había de haber,
llegando a verla, que verla?
De una sola vez a incendio
crece una breve pavesa;
de una vez sola un abismo
sulfúreo volcán revienta;
de una vez se enciende el rayo,
que destruye cuanto encuentra,
de una vez escupe horror
la más reformada pieza;
de una vez amor, que mucho
fuego de cuatro maneras,
mina, incendio, pieza y rayo,
postre, abrase, asombre y hiera
Sarg. ¿No decías que villanas
nunca tenían belleza?
Cap Y aun aquesta confianza
me mató, porque el que piensa
que va a un peligro, ya va
prevenido a la defensa;
quien va a una seguridad,
es el que más riesgo lleva
por la novedad que halla,
fracaso un peligro encuentra.
Pensé hallar una villana,
si hallé una deidad ¿no era
preciso que peligrase
en mi misma inadvertencia?
En toda mi vida vi
más divina más perfecta
hermosura; ¡ay, Rebolledo,
no sé qué hiciera por verla!
Reb. En la campaña hay soldado
que canta por excelencia,
y la Chispa, que es mi alcaida
del boliche, es la primera
mujer en jacarear;
haya, señor, jira y fiesta
y música á su ventana,
que con esto podrás verla.

y aun hablarla.

Cap. Como está
don Lope allí, no quisiera
despertarle.

Reb. Pues don Lope
cuando duerme con su pierna,
fuera, señor, que la culpa,
si se entiende, será nuestra,
no tuya, si de rebozo
vas en la tropa.

Cap. Aunque tengas
mayores dificultades
pase por todas mi pena.
Juntaos todos esta noche
más de suerte, que no entiendan
que yo mando. ¡Ah, Isabel,
que de cuidados me cuestas!
(*Vanse* el CAPITÁN y el SARGENTO.)

ESCENA IV

CHISPA, REBOLLEDO y SOLDADOS

Chis. Túngate.

Reb. Chispa, ¿qué es esto?

Chis. Ah! un pobrecito que queda
con un rasguño en el rostro

Reb. Pues ¿por qué fué la pendencia?

Chis. Sobre hacerme alicantina
del barato de nora y media,
que estuvo echando las bolas,
teniéndome muy atenta
a si eran pares o nones.
ensieme y dile con esta.
(*Enseña una daga.*)
mientras que con el barbero
poniéndose en puntes queda;
vamos al cuerpo de guardia,
que allá te daré la cuenta

Reb. Bueno es estar de molina,
cuando vengo yo de fiesta.

Chis. Pues ¿qué estorba el uno al otro?
aquí está la castañeta;
¿qué se ofrece, qué canta?

Reb. Ha de ser cuando anochezca,
y música más fundada;
vamos, y no te detengas;
anda hacia el cuerpo de guardia.

Chis. Fama ha de quedar eterna
de mí en el mundo, que soy
Chispilla la bolichera. (*Vanse.*)

ESCENA V

(*Terrado de la casa de* PEDRO CRESPO.)
PEDRO CRESPO, D. LOPE DE FIGUEROA y JUAN

Cres. En este paso que está
más fresco, poner la mesa
al señor don Lope; aquí
se cenará mejor la cena,
que al fin, los días de Agosto
no tiene más recompensa
que sus noches.

D. Lo. Apacible
estancia en extremo es esta.

Cres. Un pedazo de jardín
en que mi hija se divierta.
Sentaos que el viento suave
que en las blandas hojas suena
de estas parras y estas copas,
mil cláusulas lisonjeras
hace al compás de esta fuente,
cítara de plata y perlas,
porque son en trastes de oro
las gorjas templadas cuerdas.
Perdonad, si de instrumentos
solos la música suena,
sin cantores que os deleiten,
sin voces que os entretengan,
que como músicos son
los pájaros que gorjean,
no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza:
sentáos. pues, y divertid
esa continua dolencia.

D. Lo. No podré, que es imposible
que divertimiento tenga:
¡válgame Dios!

Cres. Valga, amén

D. Lo. Los cielos me den paciencia;
sentáos, Crespo.

Cres. Yo estoy bien.

D. Lo. Sentáos.

Cres. Pues me dáis licencia,
digo, señor, que obedezco,
aunque excusarlo pudiérais
(*Siéntase* PEDRO CRESPO.)

D. Lo. ¿No sabéis que he reparado
que ayer la cólera vuestra
os debió de enajenar
de vos?

Cres. Nunca me enajena
a mi de nada.

D. Lo. ¿Pues cómo
ayer, vos sin que os dijera
que os sentárais, os sentásteis,
y aun en la silla primera?

Cres. Porque no me lo digísteis,
y hoy que lo decís, quisiera
no hacerlo: la cortesía
tenerla con quien la tenga

D. Lo. Ayer todo érais reniegos,
por vidas, votos y pésias.
y hoy estáis más apacible,
con más gusto y más prudencia.

Cres. Yo, señor, respondo siempre
en el tono y en la letra
que me hablan. ayer vos
así hablábais, y era fuerza
que fuera de un mismo tono

la pregunta y la respuesta.
Demás, de que ya he tomado
por política discreta,
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía,
y es aquesto de manera,
que en toda la noche pude
dormir en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas,
que por no errar la que os duele,
si es la izquierda, o la derecha,
me dolieron a mi entrambas;
decidme, por vida vuestra,
cuál es y sépalo yo,
porque una sola me duela.

D. Lo. No tengo mucha razón
de quejarme, si ya treinta
años, que asistiendo en Flandes
al servicio de la guerra,
el invierno con la escarcha
y el verano con la fuerza
del sol, nunca descansé,
y no he sabido qué sea
estar sin dolor una hora.

Cres. Dios, señor, os dé paciencia.

D. Lo. ¿Para qué la quiero yo?

Cres. No os la dé

D. Lo. Nunca acá venga,
sino que dos mil demonios
carguen conmigo y con ella.

Cres. Amén, y si no lo hace,
es por no hacer cosa buena

D. Lo. ¡Jesús mil veces Jesús!

Cres. Con vos y conmigo sea.

D. Lo. ¡Vive Cristo, que me muero!

Cres. Vive Cristo, que me pesa.
(*Saca la mesa* JUAN.)

Juan. Ya tienes la mesa aquí.

D. Lo. ¿Cómo a servirla no entran
mis criados?

Cres. Yo, señor,
dije, con vuestra licencia,
que no entraran a serviros,
y que en mi casa no hicieran
prevenciones, que a Dios gracias,
pienso que no os falte en ella
nada.

D. Lo. Pues no entran criados,
hacedme merced que venga
vuestra hija aquí a cenar
conmigo

Cres. Dila que venga
tu hermana al instante, Juan.

D. Lo. Mi poca salud me deja
sin sospecha en esa parte. (*Vase* JUAN.)

Cres. Aunque vuestra salud fuera,
señor, la que yo deseo,
me dejara sin sospecha,
agravio hacéis a mi amor,
que nada de eso me inquieta;
pues decirla que no entrara
aquí, fué con advertencia,
de que no estuviese a oir
ociosas impertinencias,
que si todos los soldados
corteses como vos fueran,
ella había de asistir
a serviros la primera.

D. Lo. ¡Qué ladino es el villano! (*Aparte.*)
¡Oh, cómo tiene prudencia!

ESCENA VI

JUAN, ISABEL, INÉS y DICHOS

Isa. ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

Cres. El señor don Lope intenta
honraros, él es que llama.

Isa. Aquí está una esclava vuestra.

D. Lo. Serviros intento yo.
¡Qué hermosura tan honesta! (*Aparte.*)
Que cenéis conmigo quiero.

Isa. Mejor es que a vuestra cena
sirvamos las dos.

D. Lo. Sentáos.

Cres. Sentáos, haced lo que ordena
el señor don Lope

Isa. Está
el mérito en la obediencia.
(*Siéntanse y tocan dentro guitarras.*)

D. Lo. ¿Qué es aquello?

Cres. Por la calle
los soldados se pasean
tocando y cantando.

D. Lo. Mal
los trabajos de la guerra
sin aquesta libertad
se llevaran que es estrecha
religión la de un soldado,
y darla ensanches es fuerza.

Juan. Con todo eso, es linda la vida.

D. Lo. ¿Fuérais vos con gusto a ella?

Juan. Sí, señor, como llevara
por amparo a vuecelencia.

Dent. Mejor se cantará aquí.

Reb. (*Dentro.*) Vaya a (*Isabel una letra,*
y porque despierte, tira
a su ventana una piedra.

Cres. A ventana señalada. (*Aparte.*)
va la música, paciencia
(*Cantan dentro.*)
«Las flores del romero,
niña Isabel.
hoy son flores azules,
y mañana serán miel.»

D. Lo. Música, vaya; más esto
de tirar, es desvergüenza.
y a la casa donde estoy (*Aparte.*)
venirse a dar cantaletas.

pero disimularé
por Pedro Crespo y por ella.
¡Qué travesuras!

Cres. Son mozos;
si por don Lope no fuera, (*Aparte.*)
yo les hiciera...

Juan. Si yo (*Aparte.*)
una rodelilla vieja,
que en el cuarto de don Lope.
está colgada, pudiera
sacar... (*Hace que se va.*)

Cres. ¿Dónde vais, mancebo?

Juan. Voy a que traigan la cena.

(*Dentro voces.*)

Despierta, Isabel, despierta.

Isa. ¿Qué culpa tengo yo, cielos,
para estar a esto sujeta? (*Aparte.*)

D. Lo. Ya no se puede sufrir
porque es cosa muy mal hecha.

(*Arroja* DON LOPE *la mesa.*)

Cres. Pues, y como que lo es.

(*Arroja* PEDRO CRESPO *la silla.*)

D. Lo. Lléveme de mi paciencia:
¿no es, decidme, muy mal hecho,
que tanto una pierna duela?

Cres. De eso mismo hablaba yo.

D. Lo. Pensé que otra cosa era...
¡como arrojásteis la silla!

Cres. Como arrojásteis la mesa
vos, no tuve que arrojar
otra cosa ya más cerca.
disimulemos, honor. (*Aparte.*)

D. Lo. ¡Quién en la calle estuviera! (*Aparte.*)
Ahora bien, cenar no quiero;
retiraos.

Cres. Enhorabuena.

D. Lo. Señora, quedad con Dios.

Isa. El cielo os guarde.

D. Lo. ¿A la puerta (*Aparte.*)
de la calle no es mi cuarto,
y en él no está una rodela?

Cres. ¿No tiene puerta el corral (*Aparte.*)
y yo una espaldilla vieja?

D. Lo. Buenas noches.

Cres. Buenas noches.
Encerraré por defuera (*Aparte.*)
a mis hijos.

D. Lo. Dejaré
un poco la casa quieta. (*Aparte.*)

Isa. ¡Oh, qué mal, cielos (*Aparte.*)
disimulan que les pesa!

Inés. Mal el uno por el otro
van haciendo la deshecha.

Cres. Hola, mancebo.

Juan. ¿Señor?

Cres. Acá está la cama vuestra. (*Vanse.*)

ESCENA VII

Decoración de calle

El CAPITAN, el SARGENTO, CHISPA y REBOLLEDO con guitarras, y SOLDADOS.

Reb. Mejor estamos aquí,
el sitio es más oportuno;
tome rancho cada uno.

Chis. ¿Vuelve la música?

Reb Sí.

Chis. Ahora estoy en mi centro.

Cap. ¡Que no haya ni una ventana
entreabierto esta villana!

Sarg. Pues lo oyen allá dentro.

Chis Espera.

Sarg. Será a mi costa.

Reb. No es más de hasta ver quien es
quien llega.

Chis. ¿Pues qué, no ves
aquel jinete en la costa?

ESCENA VIII

MENDO con adarga, NUÑO y DICHOS.

Men. ¿Ves bien lo que pasa?

Nuño No,
no veo bien, pero bien
lo escucho.

Men. ¿Quién, cielos, quien
que esto puede sufrir?

Nuño Yo.

Men. ¿Abrirá acaso Isabel
la ventana?

Nuño Sí habrira.

Men. No hará, villano.

Nuño No hará.

Men. ¡Ah celos, pena cruel!
veremos si ella ha tenido
culpa de ello.

Nuño Pues aquí
nos sentemos.

Men. Bien; así
estaré desconocido.

Reb. Pues ya el hombre se ha sentado,
si ya no es que ser ordena
alguna alma que anda en pena
de las cañas que ha jugado,
con su adarga a cuesta; da
voz al aire.

Chis. Ya él la lleva.

Reb. Va una jácara tan nueva,
que corra sangre.

Chis. Sí hará.

ESCENA IX

DON LOPE y PEDRO CRESPO a un tiempo con broqueles. DICHOS.

CHISPA, *canta.*

«Erase cierto sampayo,

la flor de los andaluces,
el jaque de mayor porte
y el rufo de mayor lustre
Este, pues, a la chillona,
halló un día

Reb. Aquí nos cumple
la fecha, que el asonante
quiere que haya sido en lunes

Chis. «Halló, digo, a la chillona,
que brindando entre dos luces,
ocupaba con el Garlo
la casa de los azumbres.
El Garlo, que siempre fue,
en todo lo que le cumple,
rayo del tejado abajo,
porque era rayo sin nube,
sacó la espada, y a un tiempo
un tajo y revés sacude.»
(*Acuchillanlos don Lope y Pedro Crespo.*)

Cres. Sería de esta manera.

D Lo Que sería así, no duden
(*Métenlos a cuchilladas, y sale don Lope*)

D Lo. Huyeron, y uno ha quedado
de ellos, que es el que está aquí.

ESCENA X

DON LOPE y PEDRO CRESPO

Cres. Cierto es que el que queda allí,
sin duda es algún soldado.

D Lo. Ni aun éste se ha de escapar
sin almagre

Cres. Ni éste quiero
que quede sin que mi acero
la calle le haga dejar.

D Lo. Huid con los otros

Cres. Huid vos (*Riñen.*)
que sabréis huir más bien

D Lo. Vive Dios, que riñe bien

Cres. Bien pelea, vive Dios

ESCENA XI

JUAN, con espada DICHOS

Juan Quiero el cielo que le tope;
señor, a tu lado estoy.

D Lo. ¿Es Pedro Crespo?

Cres. Yo soy.
¿Es don Lope?

D Lo Sí, es don Lope.
¿No dijisteis que no habíais
de salir? ¿Qué hazaña es ésta?

Cres. Sean disculpa y respuesta
hacer lo que vos hacíais.

D Lo. Aquesta era ofensa mía,
vuestra no

Cres, No hay que fingir,
que yo he salido a reñir
por haceros compañía.
(*Dentro.*)
A dar muerte, nos juntemos,
a estos villanos.

ESCENA XII

DICHOS, el CAPITÁN, el SARGENTO, CHISPA, [illegible]
BOLLEDO y SOLDADOS

Cap. Mirad.

D Lo. ¿Aquí no estoy yo? Esperad.
¿De qué son estos extremos?

Cap Los soldados han tenido
porque se estaban holgando
en esta calle, cantando
sin alboroto ni ruido,
una pendencia, y yo soy
quien los está deteniendo.

D Lo. Don Alvaro: bien entiendo
vuestra pendencia, y pues hoy
aqueste lugar está
en ojerizas, yo quiero
excusar rigor más fiero;
y pues amanece ya,
orden doy que en todo el día,
para que mayor no sea
el daño de Zalamea,
saquéis vuestra compañía;
y estas cosas acabadas,
no vuelvan a ser porque
otra vez la paz pondré,
vive Dios, a cuchilladas.

Cap. Digo que por la mañana
la compañía haré marchar.
La vida me ha de costar (*Aparte.*)
hermosísima villana.

Cres. Caprichudo es el don Lope;
ya haremos migas los dos. (*Aparte.*)

D Lo. Venios conmigo vos
y solo ninguno os tope. (*Vanse.*)

ESCENA XIII

MENDO y NUÑO

Men. ¿Es algo, Nuño, la herida?

Nuño Aunque fuera menor, fuera
de mí muy mal recibida;
y mucho más que quisiera.

Men Yo no he tenido en mi vida
mayor pena ni tristeza.

Nuño Yo tampoco.

Men Que me enoje
es justo. ¿Que su fiereza
luego te dió en la cabeza?

Nuño Todo este lado me coge.
(*Tocan un tambor.*)

Men ¿Qué es esto?

Nuño La compañía,
que hoy se va.

Men. Y es dicha mía,
pues con esto cesarán
los celos del capitán.

Nuño Hoy se ha de ir en todo el día

ESCENA XIV

El Capitán, el Sargento y dichos

Cap. Sargento, vaya marchando
antes que decline el día,
con toda la compañía
y con prevención; que cuando
se esconda en la espuma fría
del Océano español
ese luciente farol,
en ese monte te espero,
porque hallar mi vida quiero
hoy en la muerte del sol.
Sarg. Calla, está aquí una figura
del lugar.
Men. Pasar procura
sin que entienda mi tristeza;
no muestres, Nuño, flaqueza.
Nuño. ¿Puedo yo mostrar cordura? (*Vanse.*)

ESCENA XV

El Capitán y el Sargento

Cap. Yo he de volver al lugar,
porque tengo prevenida
una criada, a mirar
si puedo por dicha hablar
aquesta hermosa homicida:
dádivas han granjeado
que apadrinen mi cuidado.
Sarg. Pues señor, si has de volver,
mira que habrás menester
volver bien acompañado,
porque al fin no hay que fiar
de villanos.
Cap. Ya lo sé;
algunos puedes nombrar
que vuelvan conmigo.
Sar. Haré
cuanto me quieras mandar;
pero si acaso volviese
don Lope, y reconociese
al volver...
Ca. Ese témor
quiso también que perdiese
en esta parte mi amor.
Que don Lope se ha de ir
hoy también a prevenir
todo el tercio a Guadalupe.
Que todo lo dicho supe
yéndome ahora a despedir
de él porque el rey vendrá,
que puesto en camino está.
Sarg. Voy, señor, a obedecerte. (*Vase.*)
Cap. Que me va la vida advierte.

ESCENA XVI

Capitán, Rebolledo y Chispa

Reb. Señor, albricias me da.
Cap. ¿De qué han de ser, Rebolledo?
Reb. Muy bien merécerlas puedo,
pues solamente te digo...
Cap. ¿Qué?
Reb Que hay un enemigo
menos a quien tener miedo.
Cap. ¿Quién es? dilo presto.
Reb. Aquel
mozo, hermano de Isabel;
don Lope se le pidió
al padre, y él se le dió,
y va a la guerra con él.
En la calle le he encontrado
muy galán, muy alentado,
mezclando a un tiempo, señor,
rezagos de labrador
con primicias de soldado;
de suerte, que el viejo es ya
quien pesadumbre nos da.
Cap. Todo nos sucede bien,
y más si me ayuda quien
esta esperanza me da
de que esta noche podré
hablarla
Reb. No pongas duda.
Cap. Del camino volveré,
que ahora es razón que acuda
a la gente que se ve
ya marchar; los dos seréis
los que conmigo vendréis. (*Vase.*)
Reb. Pocos somos, vive Dios,
aunque vengan otros dos,
otros cuatro y otros seis.
Chis. Y yo si tú has de volver,
allá que tengo que hacer,
pues no estoy segura yo
¿si da conmigo el que dió
al barbero que coser?
Reb. No sé qué he de hacer de tí;
¿no tendrás ánimo, dí,
de acompañarme?
Chis. ¿Pues no?
vestido no tengo yo,
¿ánimo y esfuerzo?
Reb. Sí;
vestido no faltará,
que ahí otro del paje está
de jineta que se fué.
Chis. Pues yo plaza pasaré
con él.
Reb. Vamos que se va
la bandera.
Chis. Y yo veo ahora,
porque en el mundo he cantado,
que siempre amor del soldado
no dura siquiera una hora.

ESCENA XVII

Lope, Pedro Crespo y Juan, su hijo.

D. Lo. A muchas cosas os soy

en extremo agradecido,
pero sobre todas esta
de darme hoy a vuestro hijo
para soldado, en el alma
os lo agradezco y estimo.
Cres. Yo os lo doy para criado.
D. Lo. Yo os lo llevo para amigo,
que me ha inclinado en extremo
su desenfado y su brío,
y la afición a las armas.
Juan. Siempre a vuestros pies rendido
me tendréis y vos veréis
de la manera que os sirvo,
procurando obedeceros
en todo.
Cres. Lo que os suplico
es que perdonéis, señor,
si no acertare a serviros,
porque en el rústico estado
adonde rejas y trillos,
palas, azadas y bieldos
son nuestros mejores libros,
no habrá podido aprender
lo que en los palacios ricos
enseña la urbanidad
política de los siglos.
D. Lo. Ya que va perdiendo el sol
la fuerza irme determino.
Juan. Veré si viene, señor,
la litera. (*Váse.*)

ESCENA XVIII

ISABEL e INÉS, DON LOPE, PEDRO CRESPO y luego JUAN

Isa. ¿Y es bien iros
sin que os despidáis de quien
tanto desea serviros?
D. Lo. No me fuera sin besaros
las manos y sin pediros
que liberal perdonéis
un atrevimiento digno
de perdón; porque no el premio
hace el don, sino el servicio.
Esta venera, que aunque
está de diamantes ricos
guarnecida llega pobre
a vuestras manos suplico
que la toméis, y traigáis
por patena en nombre mío.
Isa. Mucho siento que penséis,
con tan generoso indicio,
que pagáis el hospedaje,
pues de honra que recibimos
os somos deudores.
D. Lo. Esto
no es paga, sino cariño.
Isa. Por cariño, y no por paga,
solamente la recibo:
a mi hermano os encomiendo,
ya que tan dichoso ha sido
que merece ir por criado
vuestro.
D. Lo. Otra vez os afirmo
que podéis descuidar de él,
que va, señora, conmigo.
Juan. Ya está la litera puesta.
D. Lo. Con Dios os quedad.
Cres. El mismo
os guarde.
D. Lo. ¡Ah, buen Pedro Crespo!
Cres. ¡Ay, señor don Lope invicto!
D. Lo. ¿Quién os dijera aquel día
primero que aquí nos vimos
que habíamos de quedar
para siempre tan amigos?
Cres. Yo lo dijera, señor,
si allí supiera yo oíros,
que érais...
D. Lo. Decid por mi vida.
Cres. Loco de tan buen capricho.

ESCENA XIX

DICHOS menos DON LOPE.

Cres. En tanto que se acomoda
el señor don Lope, hijo,
ante tu prima y tu hermana,
escucha lo que te digo:
Por la gracia de Dios, Juan,
eres de linaje limpio
más que el sol, pero villano:
lo uno y lo otro te digo;
aquello, porque no humilles
tanto tu orgullo y tu brío,
que dejes, desconfiado,
de aspirar con cuerdo arbitrio
a ser más; lo otro, porque
no vengas desvanecido
a ser menos: igualmente
usa de entrambos designios
con humildad, porque siendo
humilde con recto juicio
acordarás lo mejor;
y como tal, en olvido
pondrás cosas qué suceden
al revés en los altivos.
Cuántos, teniendo en el mundo
algún defecto consigo,
le han borrado por humildes;
y cuántos que no han tenido
defecto, se le han hallado
por estar ellos mal vistos.
Sé cortés sobremanera,
sé liberal y parlido,
que el sombrero y el dinero
son los que hacen los amigos;
y no vale tanto el oro
que el sol engendra en el indio
suelo, y que conserva el mar,

como ser uno bien quisto.
No hables mal de las mujeres;
la más humilde, te digo,
que es digna de estimación,
porque al fin de ellas nacimos.
No riñas por cualquier cosa,
que cuando en los pueblos miro
muchos que a reñir se enseñan,
mil veces entre mí digo:
aquesta escuela no es
la que ha de ser, pues colijo
que no ha de enseñar un hombre
con destreza, gala y brío
a reñir, sino a por qué
ha de reñir, que yo afirmo
que si hubiera un maestro solo
que enseñara, prevenido,
no el cómo, el por qué se riña,
todos le dieran sus hijos.
Con esto, y con el dinero
que llevas para el camino,
y para hacer en llegando
de asiento un par de vestidos,
el amparo de Don Lope
y mi bendición, yo fío
en Dios que tengo de verte
en otro puesto; adiós, hijo,
que me enternezco en hablarte.

Juan. Hoy tus razones imprimo
en el corazón, adonde
vivirán mientras yo vivo;
dame tu mano, y tú, hermana,
los brazos, que ya ha partido
Don Lope, mi señor, y es
fuerza alcanzarlo.

Isa. Los míos
bien quisieran detenerte.

Juan. Prima; adiós.

Inés. Nada te digo
con la voz, porque los ojos
hurtan a la voz su oficio;
adiós.

Cres. Ea, vete presto,
que cada vez que te miro
siento más el que te vayas,
y ha de ser, porque lo he dicho.

Juan. El cielo con todos quede. *(Vase.)*

Cres. El cielo vaya contigo.

ESCENA XX

Dichos menos Juan

Isa. ¡Notable crueldad has hecho!

Cres. Ahora que no le miro
hablaré más consolado;
¿qué había de hacer conmigo,
sino ser toda su vida
un holgazán, un perdido?
Váyase a servir al rey

Isa. Que de noche haya salido
me pesa a mí.

Cres. Caminar
de noche por el estío,
antes es comodidad
que fatiga; y es preciso
que a Don Lope alcance luego,
al instante. Enternecido
me deja, cierto, el muchacho,
aunque en público me animo.

Isa. Entrate, señor, en casa.

Inés. Pues sin soldados vivimos,
estémonos otro poco
gozando a la puerta el frío
viento que corre, que luego
saldrán por ahí los vecinos.

Cres. A la verdad, no entro dentro
porque desde aquí imagino
que el camino blanquea,
que veo a Juan en el camino.
Inés, sácame a esta puerta
asiento

Inés. Aquí está un banquillo.

Isa. Esta tarde diz que ha hecho
la villa elección de oficios.

Cres. Siempre aquí por el Agosto
se hace.

ESCENA XXI

Siéntase y salen el Capitan, el Sargento Rebolledo, Chispa y Soldados

Cap. Pisad sin ruido;
llega, Rebolledo, tú,
y da a la criada aviso
de que ya estoy en la calle.

Reb. Ya voy; mas ¿qué es lo que miro?
A su puerta hay gente.

Sarg. Y yo,
entre reflejos y visos
que la luna hace en el rostro,
que es Isabel imagino
está

Cap. Ella es; más que la luna,
el corazón me lo ha dicho.
A buena ocasión llegamos;
si ya, una vez que venimos,
nos atrevemos a todo,
buena venida habrá sido.

Sarg. ¿Estás para oir un consejo?

Cap. No.

Sarg. Pues ya no te lo digo;
intenta lo que quisieres.

Cap Yo he de llegar, y atrevido
quitar a Isabel de allí;
vosotros a un tiempo mismo
impedir a cuchilladas
el que me sigan.

Sarg. Contigo
venimos, y a tu orden hemos
de estar.

Cap. Advertir que el sitio
donde habemos de juntarnos,
es ese monte vecino
que está a la mano derecha,
como salen del camino.
Reb. ¿Chispa?
Chis. ¿Qué?
Reb. Ten las capas.
Chis. Que es del reñir, imagino,
la gala el guardar la ropa,
aunque del andar se dijo.
Cap. Yo he de llegar el primero.
Cres. Harto hemos gozado el sitio;
entrémonos allá adentro.
Cap. Ya es tiempo, llegad, amigos.
Isa. ¡Ah, traidor! ¿Señor, qué es esto?
Cap. Es una furia, un delirio
de amor.
(*Vase con* Isabel *en los brazos.*)
Isabel *dentro.*
¡Ah, traidor! Señor.
Cres. ¡Ah, cobardes!
Isa. ¿Padre mío?
Inés. Yo quiero aquí retirarme. (*Vase.*)
El Sargento y Soldados *detienen a* Pedro Crespo.
Cres. Cómo echáis de ver ¡ah, impíos!
que estoy sin espada, aleves,
falsos y traidores.
Reb. Idos,
si no queréis que la muerte
sea el último castigo.
Cres. ¿Qué me importa, si está muerto
mi honor, el quedar yo vivo?
¡Ah, quién tuviera una espada,
porque sin armas, seguiros
es en vano; y si brioso
a ir por ella me aplico,
los he de perder la vista;
qué he de hacer, hados esquivos!
que de cualquiera manera
es uno solo el peligro.
(*Sale* Inés *con una espada.*)
Inés. Ya tienes aquí la espada. (*Vase*)
Cres. A buen tiempo la has traído;
Ya tengo honra, pues tengo
espada con que seguiros.
soltad la presa traidores,
cobardes, que habéis cogido,
que he de cobrarla, o la vida
he de perder
Sarg. Vano ha sido
tu intento, que somos muchos.
Cres. Mis males son infinitos,
y riñen todos por mí;
pero la tierra que piso
me ha faltado. (*Cae.*)
Reb. Dadle muerte.
Sarg. Mirad que es rigor impío
quitarle vida y honor·
mejor es en lo escondido
del monte dejarle atado,
porque no lleve el aviso.
(*Dentro* Isabel.)
Padre, y Señor.
Cres. Hija mía.
Reb. Retírale como has dicho.
Cres. Hija, solamente puedo
seguirte con mis suspiros. (*Llévanle.*)
(*Dentro* Isabel.)
¡Ay de mí!

ESCENA XXII

Juan Crespo

Juan. ¡Qué triste voz!
(*Dentro* Crespo.)
¡Ay, de mí¡
Juan. Mortal gemido.
A la entrada de ese monte
cayó mi rocín conmigo,
veloz corriendo y yo ciego
por esta maleza sigo.
Tristes voces a una parte,
y a otra míseros gemidos
escucho, que no conozco,
porque llegan mal distintos.
D s necesidades son
las que apellidan a gritos
mi valor; y pues iguales,
a mi parecer, han sido,
y uno es hombre, otro mujer,
a seguir a esta me animo,
que si obedezco a mi padre
en dos cosas que me dijo:
reñir con buena ocasión,
y honrar la mujer. pues miro
que así honro las mujeres,
y con buena ocasión riño.

JORNADA TERCERA

(*Decoración de bosque.*)

Isabel y Pedro Crespo, atados a una encina.

Isa. Nunca amanezca a mis ojos
la luz hermosa del día
porque a su sombra no tenga
vergüenza yo de mi misma.
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir?
Si a mi casa determinan
volver mis erradas plantas,
será dar nueva mancilla
a un anciano padre mío
que otro bien, otra alegría
no tuvo, sino mirarse

en la clara luna limpia
de mi honor, que hoy desdichado
tan torpe mancha le eclipsa.
Si dejo por su respeto,
y mi temor, afligida,
de volver a casa, dejo
abierto el paso a que digan
que fuí cómplice en la infamia,
y ciega o inadvertida
vengo a hacer la inocencia.
¡Qué mal hice! ¡Qué mal hice
de escaparme fugitiva
de mi hermano! ¿No valiera
más que su cólera altiva
me diera muerte, cuando
llegó a ver la suerte mía?
Llamarle quiero, que vuelva
con saña más vengativa,
que me dé muerte; confusas
voces el eco repita,
diciendo...

Cres. Vuelve a matarme,
serás piedad homicida,
que no es piadoso el dejar
a un desdichado con vida.

Isa. ¿Qué voz es esta, que mal
pronunciada o poco oída
no se deja conocer?

Cres. Dadme muerte, si os obliga
ser piadosos.

Isa. ¡Ay, cielos!
otro la muerte apellida,
otro desdichado hay más
que hoy, a pesar suyo, viva;
mas, ¿qué es lo que ven mis ojos?

Cres. Si piedades solicitas
cualquiera que aqueste monte
temerosamente pisa,
llegue a dar muerte, mas... cielos
¿qué es lo que mis ojos miran?

Isa. Atadas atrás las manos
a una rigurosa encina...

Cres. Enterneciendo los cielos
con las voces que apellida.

Isa. Mi padre está.

Cres. Mi hija viene.

Isa. ¿Padre, y señor?

Cres. Hija mía,
llégate, y quita estos lazos.

Isa. No me atrevo, que si quitan
los lazos que te aprisionan
una vez las manos mías,
no me atreveré, señor,
a contarte mis desdichas,
a referirte mis penas;
porque si una vez te miras
con manos y sin honor,
me darán muerte tus iras,
y quiero, antes que las veas,
referirte mis fatigas.

Cres. Detente, Isabel, detente,
no prosigas, que desdichas,
Isabel, para contarlas,
no es menester referirlas.

Isa. Aquel capitán, aquel
huésped ingrato, que el día
primero introdujo en casa
tan nunca esperada cisma
de traiciones y cautelas,
de pendencias y rencillas,
fué el primero que en sus brazos
me cogió mientras le hacían
espaldas otros traidores
que la bandera militan.
Aqueste intrincado oculto
del monte, que está a la salida
del lugar, fué su sagrado.
?Cuándo de la tiranía
no son sagrados los montes?
Aquí ajena de mí misma
dos veces me miré, cuando,
aun tu voz, que me seguía,
me dejó, porque el viento,
a quien tus acentos fías,
con la distancia, por puntos
adelgazándose iban.
El traidor, pues, en mirando
que ya nadie hay que le siga,
que ya nadie hay que me ampare,
¡ay de mí! con fementidas
palabras, buscó disculpas
a su amor; ¿a quién no admira
querer de un instante a otro
hacer la ofensa caricia?
¡Qué ruegos, qué sentimientos,
ya de humilde, ya de altiva,
no le dije!, pero en vano,
pues no atendió a la voz mía;
baste decir que a las quejas
de los vientos repetidas,
en que yo pedía al cielo
socorro, si no justicia,
salió el alba y con el alba,
trayendo la luz por guía,
sentí ruido entre unas ramas.
Vuelvo a mirar quién sería,
y veo a mi hermano, ¡ay cielos!
¿Cuándo, cuándo ¡ah suerte impía!
llegaron a un desdichado
los favores más aprisa?
El a la dudosa luz,
que si no alumbra, ilumina,
reconoce el daño, antes
que ninguno se lo diga,
que son linces los pesares
que penetran con la vista.
Sin hablar palabra, saca
el acero que aquel día
le ceñiste; el capitán,
que el tardo socorro mira

en mi favor, contra el suyo
saca la blanca cuchilla.
Cierra el uno con el otro,
éste repara, aquél tira,
y no en tanto que los dos
generosamente lidian,
viendo temerosa y triste
que mi hermano no sabía
si tenía culpa o no,
por no aventurar mi vida
en la disculpa la espalda
vuelvo, y por la entretejida
maleza del monte huyo;
pero no con tanta prisa,
que no hiciese de unas ramas
intrincadas celosías.
porque deseaba, señor,
saber lo mismo que huía.
A poco rato mi hermano
dió el capitán una herida;
cayó, quiso asecundarle,
cuando los que ya venían
buscando a su capitán,
en su venganza se irritan.
Quiere defenderse pero
viendo que era una cuadrilla,
corre veloz, no le siguen,
porque todos determinan
más acudir al remedio
que a la venganza que incitan.
Yo entonces, bajé, corrí,
sin luz, sin norte, sin guía,
monte, llano y espesura,
hasta que a tus pies rendida,
antes que me des la muerte,
te he contado mis desdichas.

Cres. Alzate, Isabel, del suelo,
y no estés más de rodillas,
que a no ver estos sucesos
que atormenten y que aflijan
ociosas fueran las penas,
sin estimación desdichas,
para los hombres se hicieron,
y es menester que se impriman
con valor dentro del pecho;
Isabel, vamos aprisa,
demos la vuelta a mi casa,
que este muchacho peligra
y hemos menester hacer
diligencias exquisitas
por saber de él, y ponerle
en salvo.

Isa. Fortuna mía.
o mucha cordura, o mucha
cautela es esta (*Aparte.*)

Cres. Camina,
vive Dios, que si la fuerza
y necesidad precisa
de curarse, hizo volver
al capitán a la Villa,
que pienso que le está bien
morirse de aquella herida,
por escusarse de otra,
y otras mil, que el ansia mía
no ha de parar hasta darle
la muerte; ea, vamos, hija,
a nuestra casa.

ESCENA II

ESCRIBANO y DICHOS

Escr. Oh, señor
Pedro Crespo, dadme albricias.

Cres. ¿Albricias? ¿De qué escribano?

Escr. El concejo aqueste día
os ha hecho alcalde, y tenéis
para estreno de justicia
dos grandes acciones hoy;
la primera es la venida
del rey, que estará hoy aquí,
o mañana en todo el día,
según dicen; es la otra,
que ahora han traído a la villa
de secreto unos soldados
a curar y con gran prisa,
a aquel capitán que ayer
tuvo aquí su compañía:
él no dice quién lo hirió;
pero si esto se averigua
será una gran causa.

Cres. Cielos
cuando vengarme imagino
me hace dueño de mi honor
la vara de la justicia.
¿Cómo podré delinquir
yo, si en esta hora misma
me ponen a mí por juez
para que otros no delincan?
Pero cosas como aquestas
no se ven con tanta prisa
En extremo agradecido
estoy a quien solicita
honrarme

Escr. Ven a la casa
del Concejo, y recibida
la posesión de la vara,
haréis en la casa misma
averiguaciones.

Cres. Vamos:
a tu casa te retira.

Isa. Duélase el cielo de mí
yo he de acompañarte

Cres. Hija,
ya tenéis el padre alcalde,
él os guardará justicia. (*Vanse.*)

ESCENA III

(*Decoración de sala.*)
El CAPITAN herido y el SARGENTO

Cap. Pues la herida no era nada,

por qué me hicisteis volver
aquí?

Sarg. ¿Quién pudo saber
lo que era antes de curada?
Ya la cura prevenida
hemos de considerar
que no es bien aventurar
hoy la vida por la herida;
¿no fuera mucho peor
que te hubieras desangrado?

Cap. Puesto que ya estoy curado
detenernos será error;
vámonos antes que corra
voz de que estamos aquí;
¿están ahí los otros?

Sarg Sí.

Cap Pues la fuga nos socorra
del riesgo de estos villanos,
que si llegan a saber
que estoy aquí, habrá de ser
fuerza apelar a las manos.

ESCENA IV

REBOLLEDO y DICHOS

La justicia aquí se ha entrado
¿Qué tiene que ver conmigo
justicia ordinaria?

Digo,
que ahora hasta aquí ha llegado.
Nada me puede a mí estar
mejor, llegando a saber
que estoy aquí, y no temer
a la gente del lugar,
que la justicia es forzoso
remitirme en esta tierra
a mi Consejo de guerra,
con que, aunque el lance es penoso,
tengo mi seguridad.
Sin duda se ha querellado
el villano

Eso he pensado.

(Dentro CRESPO.)

Todas las puertas tomad
y no me salga de aquí
soldado que aquí estuviere,
y al que salirse quisiere
matadle.
¿Pues cómo así
entráis? Mas, ¿qué es lo que veo?

ESCENA V

CRESPO con vara, ESCRIBANO, CAPITÁN y LABRADORES.

¿Cómo no? A mi parecer,
la justicia ha menester
más licencia a lo que creo.
La justicia, cuando vos
de ayer acá lo seáis,
no tiene, si lo miráis,
que ver conmigo.

Por Dios,
señor, que no os alteráis,
que sólo a una diligencia
vengo, con vuestra licencia,
aquí y que solo os quedéis
importa.

Cap. Salíos de aquí.

Cres. Salíos vosotros también.
Con esos soldados ten
gran cuidado.

Escr. Harélo así.

ESCENA VI

PEDRO CRESPO y CAPITÁN

Cres Ya que como justicia
me valí de su respeto
para obligaros a oirme
la vara a esta parte dejo,
y como un hombre no más
deciros mis penas quiero. (*Deja la vara*
Y puesto que estamos solos,
señor don Alvaro, hablemos.
Yo soy un hombre de bien,
que a escoger mi nacimiento
no dejara es Dios testigo
de un escrúpulo, un defecto
en mí, que suplir pudiera
la ambición de mi deseo.
Siempre acá entre mis iguales
me he tratado con respeto;
de mí hacen estimación
el cabildo y el concejo.
Tengo muy bastante hacienda,
porque no hay, gracias al cielo,
otro labrador mas rico
en todos aquestos pueblos
de la comarca: mi hija
se ha criado, a lo que pienso,
con la mejor opinión,
virtud y recogimiento
del mundo ¡tal madre tuvo!
téngala Dios en el cielo.
Bien pienso que bastará,
señor, para abono de esto,
el ser rico y no haber quien
me murmure; ser modesto
y no haber quien me baldone;
y mayormente viviendo
en un lugar corto donde
otra falta no tenemos
más que decir unos de otros
las faltas y los defectos.
Si es muy hermosa mi hija
díganlo vuestros extremos,
los cuales señor han sido
mi desdicha; no apuremos
toda la ponzoña al año,
quédese algo el sufrimiento.
Este, ya veis si es grande,
pues aunque encubrirle quiero
no puedo, que sabe Dios

que a poder estar secreto
y sepultado en mí mismo
no viniera a lo que vengo.
Deseando, pues, remediar
agravio tan manifiesto;
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto
que a mí me está bien y a vos
no mal; y es que desde luego,
os toméis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento
ni el de mi hijo, a quien yo
traeré a echar a los pies vuestros,
reserve un maravedí,
sino quedarnos pidiendo
limosna cuando no haya
otro camino, otro medio.
Restaurar una opinión
que habéis quitado, no creo
que desluzcáis vuestro honor;
porque los merecimientos
que vuestros hijos, señor,
perdieren por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla el refrán dice
que el caballo, y es lo cierto,
lleva la silla. Mirad (*de rodillas*)
que a vuestros pies os lo ruego.
¿Qué os pido? Un honor os pido
que me quitásteis vos mesmo;
y con ser mío, parece,
según os lo estoy pidiendo
con humildad, que no es mío
lo que os pido, sino vuestro;
mirad que puedo tomarle
por mis manos, y no quiero
sino que vos me lo deis.
Ya me falta el sufrimiento;
viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte a mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
porque quiero que debáis
no andar con vos más cruel
a la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
por armas vuestra opinión,
poco tengo que temer;
si por justicia ha de ser,
no tenéis jurisdicción.
¿Qué, en fin, no os mueve mi llanto?
Llanto no se ha de creer
de viejo, niño y mujer.
¿Que no pueda dolor tanto
mereceros un consuelo?
¿Qué más consuelo queréis
que con la vida volvéis?
Mirad que echado en el suelo
mi honor a voces os pido.

Cap. ¡Qué enfado!
Cres. Mirad que soy
alcalde de Zalamea hoy.
Cap. Sobre mí no habéis tenido
jurisdicción. el consejo
de guerra enviará por mí.
Cres. ¿En eso os resolvéis?
Cap. Sí,
caduco y cansado viejo.
Cres. ¿No hay remedio?
Cap El de callar
es el mejor para vos.
Cres. ¿No otro?
Cap. No.
Cres. Pues juro a Dios (*Levantándose.*)
que me lo habéis de pagar;
¡hola! (*Toma la vara.*)
Dentro el Escribano
¿Señor?
Cap. ¿Qué querrán
esos villanos hacer?

ESCENA VII

Escribano, Labradores y Dichos

Escr. ¿Qué es lo que mandáis?
Cres. Prender
mando al señor capitán.
Cap. Buenos son vuestros extremos:
con un hombre como yo,
y en servicio del rey, no
se puede hacer.
Cres. Probaremos.
De aquí, si no es preso o muerto
no saldréis.
Cap. Yo os apercibo.
que soy un capitán vivo.
Cres. ¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Daos al instante a prisión.
Cap. No me puedo defender,
fuerza es dejarme prender;
al rey de esta sin razón
me quejaré.
Cres. Yo también
de estotra, y aún bien que está
cerca de aquí, y nos oirá
a los dos; dejar es bien
esa espada.
Cap. No es razón
que...
Cres. ¿Cómo no, si vais preso?
Cap. Tratad con respeto...
Cres. Eso
está muy puesto en razón:
con respeto le llevad
a las casas, en efecto,
del concejo, y con respeto
un par de grillos le echad,
y una cadena y tened
con respeto gran cuidado
que no hable a ninguno soldado.

y en la cárcel le poned.
Y aquí, para entre los dos,
si hallo harto paño en efecto,
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro a Dios
Cap. ¡Ah, villanos, con poder! (*Llévanle.*)

ESCENA VIII

CRESPO, REBOLLEDO, CHISPA, ESCRIBANO y ALGUACILES

Escr. Este paje, este soldado,
son los que con mi cuidado
sólo he podido prender;
que otro se puso en huída.
Cres. Este el pícaro es que canta;
con un paso de garganta
no ha de hacer otro en su vida.
Reb. ¿Pues qué delito es, señor,
el cantar?
Cres. Que es virtud siento,
y tanto, que un instrumento
tengo en que cantéis mejor;
resolveos a decir
cuanto aquí anoche pasó.
Reb. Tu hija mejor que yo,
lo sabe.
Cres. O has de morir.
Chis. Rebolledo, determina
negarlo punto por punto;
serás; si niegas, asunto
para una jacarandina
que cantaré.
Cres. A vos después,
¿quién otra os ha de cantar?
Chis. A mí no me pueden dar
tormento.
Cres. ¿Sepamos, pues,
por qué?
Chis. Eso es cosa asentada
y no hay ley que la demande.
Cres. ¿Qué causa tenéis?
Chis. Bien grande.
Cres. Decid cuál.
Chis. Estar preñada.
Cres. ¡Ay cosa más atrevida!
Mas la cólera me inquieta,
¿no sois paje de jineta?
Chis. No, señor; sino de brida.
Cres. Resolveos a decir
vuestros dichos.

CHISPA y REBOLLEDO

Si diremos
y aun más de lo que sabemos,
que peor será morir.
Cres. Eso os curará a los dos
del tormento.
Chis. Si es así,
pues para cantar nací,
he de cantar; vive Dios. (*Canta.*)
«Tormento me quieren dar.»

REBOLLEDO, cantando,

«¿Y qué quieren darme a mí?»
Cres. ¿Qué hacéis?
Chis. Temblar desde aquí,
pues que vamos a cantar. (*Vanse.*)

ESCENA IX

(*Casa de* PEDRO CRESPO.)

JUAN, luego ISABEL e INÉS.

Juan. Desde que al traidor herí
en el monte, desde que
riñendo con él, porque
llegaron tantos volví
la espalda, el monte he corrido,
la espesura he penetrado,
y a mi hermana no he encontrado;
en efecto, me he atrevido
a venirme hasta el lugar
y entrar dentro de mi casa,
donde todo lo que pasa
a mi padre he de contar;
veré lo que me aconseja
que haga, cielos, en favor
de mi vida y de mi honor.
Inés. Tanto sentimiento deja
que vivir tan afligida
no es vivir, matarte es.
Isa. ¿Pues quién te ha dicho ya, Inés,
que no aborrezco la vida?
Juan. Diré a mi padre, ¡ay de mí!...
¿no es esta Isabel? Es llano;
¿pues qué espero?
(*Saca la daga*)
Inés. ¿Primo?
Isa. Hermano,
¿qué intentas?
Juan. Vengar así
la ocasión en que hoy has puesto
mi vida y mi honor.
Isa. Advierte...
Juan. Tengo de darte la muerte,
viven los cielos.

EXCENA X

DICHOS, PEDRO CRESPO y ALGUACILES

Cres. ¿Qué es esto?
Juan. Es satisfacer, señor,
una injuria, y es vengar
una ofensa, y castigar...
Cres. Basta, basta, es un error
que os atreváis a venir...
Juan. ¿Qué es lo que mirando estoy? (*Ap*
Cres. ¿Delante así de mi hoy,
acabando haora de herir
en el monte al capitán?
Juan. Señor, si le hice ofensa,
que fué en honrada defensa
de tu honor...
Cres. Ea, basta, Juan;
¡hola!, llevadle también
preso.

uan. ¿A tu hijo, señor,
tratas con tanto rigor?
res. Y aun a mi padre también
con tal rigor le tratara.
Aquesto es asegurar
si vida, y han de pensar
que es la justicia más rara
del mundo.
uan. Escucha, porque
habiendo un traidor herido,
a mi hermana he pretendido
matar también.
res. Ya lo sé;
pero no basta sabello
yo como yo, que ha de ser
como alcalde y he de hacer
información sobre ello,
y hasta que conste qué culpa
te resulta del proceso,
tengo de tenerte preso.
Yo le hallaré la disculpa. (*Aparte.*)
uan. Nadie entender solicita
tu fin, pues sin honra ya,
prendes a quien te la da,
guardando a quien te la quita.
(*Llévanle preso.*)

ESCENA XI

PEDRO CRESPO, ISABEL e INÉS

res. Isabel, entra a firmar
esta querella que has dado
contra aquél que te ha injuriado.
a. Tú, que quisiste ocultar
la ofensa que al alma llora,
¿así intentas publicarla?
Pues no consigues vengarla,
consigue el callarla ahora
pero ya que como quiera,
me quita esta obligación
satisfacer mi opinión,
ha de ser de esa manera. (*Vase.*)
res. Inés, pon ahí esa vara;
que pues por bien no ha querido
ver el caso concluído,
querrá por mal.
(*Dentro* DON LOPE.)
Para, para.
Mas ¿qué es aquesto? ¿Quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?

ESCENA XII

DON LOPE y PEDRO CRESPO

. Lo. ¡Oh, Pedro Crespo! Yo soy,
que, volviendo a este lugar
de la mitad del camino,
donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar,
no era bien ir a apearme
a otra parte, siendo vos
tan mi amigo
Cres. Guárdeos Dios,
que siempre tratáis de honrarme.
D. Lo. La desvergüenza he sabido
por allá.
Cres. Presto sabréis
la ocasión; la que tenéis,
señor, de habernos venido,
me merced de contar
que venís mortal, señor.
D. Lo. La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar
es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó,
un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
Que estoy perdido, os confieso,
de cólera
Cres. Proseguid.
D. Lo. Que un alcaldillo de aquí
al capitán tiene preso;
y vive Dios, no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada,
si no es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado,
donde el castigo le dé;
vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
a palos he de matar.
Cres. Pues habéis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.
D. Lo. Pues dárselos, sin que deje
dárselos.
Cres. Malo lo veo,
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje.
¿Sabeis por qué le prendió?
D. Lo. No; más sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí, que también sé yo
degollar, si es necesario.
Cres. Vos no debéis alcanzar
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.
D. Lo. ¿Sera más que un villanote?
Cres. Un villanote será,
que, si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
por Dios, que se saldrá con ello
D. Lo. No se saldrá tal por Dios;
y si por ventura vos,
si sale o no, queréis vello,
decid dónde vive, o no.
Cres. Bien cerca vive de aquí.
D. Lo. Pues a decidme venid
quién es el alcalde.
Cres. Yo
D. Lo. Vive Dios, que lo sospecho.

Cres. Vive Dios, como lo he dicho.
D. Lo. Pues Crespo, lo dicho, dicho.
Cres. Pues señor, lo hecho, hecho.
D. Lo. Yo por el preso he venido,
y a castigar el exceso.
Cres. Pues yo acá le tengo preso,
por lo que aquí ha sucedido.
D. Lo. ¿Vos sabéis que a servir pasa
al rey, y soy su juez yo?
Cres. ¿Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?
D. Lo. ¿Vos sabéis que mi valor
dueño de esta causa ha sido?
Cres. ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?
D. Lo. ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?
Cres. ¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz, y no la quiere?
D. Lo. Que os estáis, es bien se arguya,
en otra jurisdicción.
Cres. El se me entró en mi opinión,
sin ser jurisdicción suya.
D. Lo. Yo sabré satisfacer,
obligándome a la paga.
Cres. Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo no puedo hacer.
D. Lo. Yo me he de llevar el preso,
ya estando ello empeñado.
Cres. Yo por acá he sustanciado
el proceso.
D. Lo. ¿Qué es proceso?
Cres. Unos pliegos de papel
que voy juntando en razón
de hacer la averiguación
de la causa.
D. Lo. Iré por él
a la cárcel.
Cres. No embarazo
que vayáis, solo repare,
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.
D. Lo. Como a esas balas estoy
enseñando yo á esperar;
mas no se ha de aventurar
nada en esta acción de hoy;
hola, soldado, id volando,
y á todas las compañías
que alojadas estos días
han estado y van marchando,
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones
con balas en los cañones,
y con las cuerdas caladas.
Sol. 1° No fué menester llamar
la gente, que habiendo oído
aquesto que ha sucedido,
se ha entrado ya en el lugar.
D. Lo. Pues, vive Dios, que he de ver
si me dan el preso, o no. (*Vase*).

Cres. Vive Dios que sabios yo
haré lo que se ha de hacer. (*Vase.*)

ESCENA XIII

Plaza de Zalamea: en el fondo fachada de cárcel con puertas practicables. Permanecen escena sola mientras dicen dentro.

D. Lo. Esta es la cárcel, soldados,
adonde está el capitán;
si no os le dan, al momento
poned fuego y abrasad;
si se pone en defensa
el lugar: todo el lugar.
Escr. Ya, aunque la cárcel enciendan,
no han de darle libertad.
Todos dentro
Mueran aquestos villanos.
Cres. ¿Que mueran? ¿Pues qué no más?
D. Lo. Socorro les ha venido,
romped la cárcel, llegad,
romped la puerta.

ESCENA XIV

El Rey Felipe II, Crespo, Escribano, Alguaciles, pueblo armado por la izquierda, don Lope y soldados por la derecha.

Rey. ¿Qué es esto?
¿Pues de esta manera estáis,
viniendo yo?
D. Lo. Esta es, señor,
la mayor temeridad
de un villano, que vió el mundo;
y vive Dios, que a no entrar
en el lugar tan aprisa
señor, vuestra majestad,
que había de hallar luminaria
puestas por todo el lugar.
Rey. ¿Qué ha sucedido?
D. Lo. Un alcalde
ha prendido a un capitán,
y viniendo yo por él,
no le ha querido entregar.
Rey. ¿Quien es el alcalde?
Cres. Yo.
Rey. ¿Y qué disculpa me dais?
Cres. Este proceso, en quien bien
probado el delito está,
digno de muerte, por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado,
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.
D. Lo. Este es el alcalde, y es
su padre.
Cres. No importa en tal
caso; porque si un extraño
se viniera a querellar,
¿no había de hacer justicia?
Sí; ¿pues qué más se me da

hacer por mi hija lo mismo
que hiriera por los demás?
Fuera de que como he preso
un hijo mío, es verdad
que no se escuchara a mi hija,
pues era la sangre igual.
Mírese si está bien hecha
la causa; miren si hay
quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad;
si he inducido algún testigo,
si está escrito algo demás
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.

Bien está
sustanciado; pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca a otro tribunal,
allá hay justicia, y así
remitid el preso.

Mal
podré, señor, remitirle;
porque como por acá
no hay más que sola una audiencia,
cualquier sentencia que hay
la ejecutada ella y así
está ejecutada ya

¿Qué decís?

Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vedlo;
aqueste es el Capitán.

abre la puerta del fondo y aparece el CAPITAN agarrotado.

Pues ¿cómo así os atrevisteis?
Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia;
¿luego esto no está hecho mal?
¿El consejo no supiera
la sentencia ejecutar?
Toda la justicia vuestra
es solo un cuerpo no más;
si este tiene muchas manos,
decid, ¿que más se me da
matar con aqueste un hombre,
que estotra babía de matar?
Pues ya que aquesto es así,
¿por qué como a capitán
y caballero, no hicisteis
degollarle?

¿Eso dudais?
Señor, como los hidalgos
viven también por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido a degollar
y esa es querella del mundo,
que toca a su autoridad,
y hasta que él mismo se queje,
no les toca a los demás

Don Lope, aquesto ya es hecho,
bien dada la muerte está,
que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
alguno, y haced marchad
con brevedad, que me importa
llegar presto a Portuga
vos por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad (*Vase.*)

ESCENA XX

DICHOS MENOS el REY.

Solo vos a la justicia
tanto supisteis honrar.
Agradeced al buen tiempo
que llegó su majestad.
Por Dios, aunque no llegará,
no tenía remedio ya.
¿No fuera mejor hablarme,
dando el preso, y remediar
el honor de vuestra hija?
En un convento entrará
que ha elegido, y tiene esposo
que no mira en calidad.
Pues dadme los demás presos.
Al momento los sacad. (*Salen todos.*)
Vuestro hijo falta, porque
siendo mi soldado ya,
no ha de quedar preso.

Quiero
también, señor, castigar
el desacato que tuvo
de herir a su capitán,
que aunque es verdad que su honor
a esto le pudo obligar,
de otra manera pudiera.
Pedro Crespo, bien está,
llamadle.
Ya él está aquí.

ESCENA ÚLTIMA

JUAN, CRESPO y DICHOS. Sale JUAN

Las plantas, señor, me dad,
que a ser vuestro esclavo iré.
Yo no pienso ya cantar
en mi vida.

Pues yo sí,
cuantas veces a mirar
llegue el pesado instrumento.
Conque fin el autor da
a esta historia verdadera;
sus defectos perdonad.

FIN

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T446
v.6
no.1-11